

LOS CATOLICOS SEGLARES EN
LA VIDA SOCIAL ESPAÑOLA
1900~1936

Primera parte

Jesús Alvarez Gómez

INTRODUCCION

Al comenzar el siglo XX, la Iglesia universal, pero de un modo peculiar la Iglesia española, no estaba suficientemente capacitada para lanzarse a unos movimientos apostólicos de vanguardia. Más bien estaba atenazada por una mentalidad de *baluarte*, una mentalidad de *Iglesia sitiada*. Fortísimo fue el acoso al que la Iglesia se vio sometida en todas partes durante el siglo XIX. La Iglesia no podía menos de defenderse de los ataques de sus adversarios.

Por lo que a la Iglesia española se refiere, baste una breve enumeración de hechos que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX: Las matanzas de frailes en 1834; desamortización de los bienes eclesiásticos en 1836 y 1855; las leyes persecutorias contra los ordenes y congregaciones religiosas (1836), que expulsaron de sus conventos a más de 30.000 frailes y a más de 15.000 monjas; la Revolución de 1868 y la Primera República (1873), tan adversas una como otra a los intereses de la Iglesia y a sus instituciones; las polémicas entre *integristas* y «*mestizos*», es decir, aquellos católicos que intentaban dialogar e incluso transigir con las nuevas *tendencias liberales*.

La defensa de los *derechos* o, quizás mejor, *privilegios* multiseculares de la Iglesia católica, malgastó la mayor parte de las energías de los católicos más clarividentes a lo largo de todo el siglo XIX, hipotecando así, en buena medida, una acción que ya, en el siglo pasado, pero sobre todo en el primer tercio del siglo XX, tendría que haberse orientado a asegurar la presencia de la Iglesia en las avanzadillas de la sociedad donde realmente se estaba labrando el futuro de la humanidad.

Era especialmente urgente, a principios del siglo XX dejar a un lado la *mentalidad de baluarte*, de Iglesia sitiada, para lanzarse a la conquista o, mejor aún, a la construcción de un mundo nuevo, introduciendo el fermento evangélico en la masa inerte del mundo a fin de hacerla crecer en cristiano. Ese fue el gran fallo de la Iglesia en el siglo XIX, no sólo en España sino en el mundo entero, el no haber realizado la *síntesis* entre la *tradicición* y la *modernidad*.

En España, la situación se hizo aún más grave. Con frecuencia se pasaba de un extremo al otro: de un *tradicionalismo integrista* a un *liberalismo* sin conexión alguna con la tradición. De ahí la dificultad con que se encontrarán quienes a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, quieran tender un puente entre esos dos extremos.

La Iglesia española no pudo por menos de experimentar una profunda *crisis de identidad* porque le fueron minadas las bases de su triple tarea de siempre: el *culto*, la *beneficencia*, la *enseñanza*. Por eso mismo, a principios del siglo XX era necesario hacer frente a dos problemas íntimamente conexos entre sí, y sin cuya solución no se podría resolver adecuadamente la crisis de identidad de la Iglesia:

- Era preciso encontrar *nuevos caminos* o nuevos cauces que asegurasen su presencia específicamente evangélica en medio de la sociedad española, tan profundamente diferente de la sociedad española de las centurias anteriores.
- Justificar *doctrinalmente* los nuevos derroteros.

No resultó fácil encontrar, en primer lugar, los nuevos derroteros a causa de la oposición frontal de parte de gobiernos anticlericales y a causa, también, de las radicales divergencias de los distintos grupos católicos a la hora de elegir nuevos caminos; y en segundo lugar, tampoco resultó fácil ordenar una doctrina que legitimase los nuevos modos

de presencia de la Iglesia en la sociedad española, por la confrontación extrema entre las diversas mentalidades católicas.

Que la Iglesia española del siglo pasado y del primer tercio de la presente centuria no fue capaz de conectar adecuadamente con la modernidad que se estaba abriendo camino en los demás cuadrantes del mundo, aunque con dificultades, lo demuestra la carencia de una producción intelectual de primera línea. Me refiero especialmente a un fenómeno que se puede considerar único en la historia de la Iglesia. Se trata de la presencia de «un grupo de escritores —poetas, novelistas, autores teatrales— que desde las filas de la seclaridad, convierten su arte literario en una muy especial apologética de la fe. Se trata de escritores, no predicadores, se trata de apóstoles en lucha por sus creencias, no de simples divulgadores de lo ya aceptado por todos... En España hay que señalar con tristeza que el surco de preocupación por lo trascendente que abrió Unamuno no ha tenido grandes seguidores» (1).

Sin duda fue una táctica pastoral equivocada. La Iglesia española se volcó en la conquista de una *élite dirigente*, pensando que su militancia católica sería capaz de devolverle su esplendor de tiempos remotos. Esta preocupación por las *élites* fue en gran medida causa del abandono y consiguiente alejamiento de grandes sectores de la sociedad, como el mundo obrero y el mundo rural, a pesar de que será en este último donde la Iglesia consiga éxitos nada despreciables como serán las Confederaciones Agrarias Católicas.

De ahí que la presencia de la Iglesia en los sectores con más futuro fuese escasa. No se puede juzgar a la Iglesia del siglo pasado y de principios del siglo XX con criterios, por ejemplo, del Vaticano II, pero quizás no sea erróneo afirmar que al catolicismo español de aquella época le faltó una visión de futuro. Creo que se puede afirmar que hasta la aparición de la ACNP, la Iglesia española careció de un grupo militante que, bien asentado sobre su presente, otease el horizonte con ánimo de encauzarlo por unos caminos cimentados en la más firme tradición cristiana y abiertos, al mismo tiempo, a la modernidad.

I. LA DESUNION DE LOS CATOLICOS ESPAÑOLES

Cuando se abre el siglo XX, la Iglesia española se halla afectada por un mal endémico que se había agravado de un modo preocupante a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX.

Solemnes y explícitas intervenciones de las más altas jerarquías eclesiásticas españolas y hasta del mismo Romano Pontífice habían denunciado la desunión existente entre los católicos españoles. En once ocasiones diferentes había intervenido León XIII, exhortando a los católicos españoles a que se unieran para hacer un frente común contra los enemigos declarados de la Iglesia, llegando hasta a argüir de pecado a quienes tratasen de obstaculizarla (2).

Esta falta de unidad tenía múltiples causas. Entre ellas, se podrían destacar el pleito dinástico entre carlistas y alfonsinos, y la rivalidad entre *católicos liberales* y *católicos integristas*. Se trataba, ciertamente, de desavenencias religiosas, pero también, y quizás más fundamentalmente, de desavenencias políticas. Esta complejidad tornaba casi desesperada la situación. Para el Cardenal Sancha la unión era «humanamente imposible». Al santo Cardenal Marcelo Spínola, Arzobispo de Sevilla, superar la desunión entre los católicos españoles le parecía «poco menos que hallar la

cuadratura del círculo». La culpa de todo el mal estaba, fundamentalmente, en la odiosa rivalidad entre los partidos políticos. Lo que Monseñor Morgades, Obispo de Vich, afirmaba refiriéndose al partido carlista, se podría extender al partido integrista y a todos los demás partidos católicos: «... no aceptan nada que no sea suyo. Aspiran al triunfo y no quieren compartirlo con nadie. Por eso se niegan a cualquier colaboración» (3).

Ante un individualismo tan radical, difícilmente se podría encontrar un punto de encuentro capaz de unificar las voluntades y la acción de todos los católicos hacia una empresa común. Muchos fueron los esfuerzos; muy escasos los resultados. El impulso más fuerte hacia la tan deseada unión se dio en los *Congresos Católicos* cuya fundación tenía por finalidad la organización y centralización de los movimientos apostólicos. Para ello, se consideraba como algo previo la unión de los católicos. A este concreto fin se orientaron los *Congresos Católicos* de Zaragoza (1890), Tarragona (1894) y, de un modo peculiar, el de Burgos (1899).

En el Congreso de Burgos (1899) se estudió el problema desde todas sus vertientes, llegándose a redactar unas bases en las que se reflejaba la gravedad del problema y aportaban soluciones muy concretas. Pero también este congreso resultó ineficaz porque, antes de pasar a las soluciones, hubiera sido preciso clarificar algunos presupuestos doctrinales. Era urgente distinguir doctrinalmente entre el liberalismo condenado por la Iglesia y el liberalismo moderado que podía ser profesado por los católicos. Ahora bien, la introducción doctrinal de las bases del mencionado Congreso de Burgos (1899), en vez de clarificar las posiciones, las oscureció aún más, si cabe, porque mientras se rechazaban los errores condenados por el *Syllabus* y «todas las libertades de perdición hijas del llamado derecho nuevo, o *liberalismo* cuya aplicación al gobierno de nuestra Patria es ocasión de tantos pecados y nos condujo al borde del abismo» (4), no se hacía otro tanto con el *integrismo*, sino que, por el contrario, se asumían sus posturas fundamentales.

Sin duda, las bases del Congreso de Burgos constituían un paso hacia adelante en la búsqueda de una plataforma común, pero, en realidad, todo resultó inútil porque los católicos de finales del siglo XIX y de principios del siglo XX no parecían estar muy convencidos de la gravedad del peligro. De ahí las reiteradas intervenciones de León XIII. Poco antes de su muerte, el Pontífice escribe de nuevo una carta al Cardenal Sancha, Arzobispo de Toledo (22 de abril de 1903) en la que señala tres medios concretos que podrían conducir en breve a tan ansiada unión de los católicos españoles y, por consiguiente a la unificación de la acción católica:

1. Que los obispos insistan «con ánimo constante y firme en la necesidad de mantener la unión entre los católicos».
2. Organización de *Juntas Diocesanas* que actúen de acuerdo con la *Junta Central*, constituida en Madrid.
3. Se le encomienda al Cardenal de Toledo la dirección de esta empresa conjunta.

La constitución de las juntas diocesanas empezó a dar muy pronto sus frutos. Sobresalió la Junta de Vizcaya que logró la confluencia, no en un «bloque católico» compacto, pero sí en una sola corriente, de todos los sectores católicos más relevantes del País Vasco, tales como los carlistas, los integristas y los nacionalistas (5).

Es cierto que estas juntas diocesanas, en conexión con la Junta Central, consiguieron renovar a los católicos españoles; pero les faltó imaginación y creatividad, limitándose a colocarse a la defensiva contra el empuje del laicismo y anticlericalismo de los gobiernos liberales que estuvieron en el poder en el bienio 1905-1907. La mentalidad de una *Iglesia-baluarte* que se siente acorralada por todas partes, no era la más adecuada. Hacía falta salir del *baluarte* a enfrentarse en campo abierto con los adversarios de la Iglesia.

El detonante que hizo saltar por los aires esa *mentalidad sitiada* de los católicos españoles fue la serie de leyes abier-

tamente anticlericales del Gabinete de Canalejas, entre las que sobresale la famosa *Ley del Candado* aprobada el 23 de diciembre de 1910, por la cual se cerraban las puertas de España a nuevas congregaciones extranjeras. Como dice D. Nicolás González Ruiz: «... hemos de colocar en el haber involuntario de Canalejas el revulsivo que aplicó a la conciencia católica del país, la cual, acosada desde el poder y por el vocerío de la calle donde las manifestaciones anticlericales se pusieron de moda, comenzó a levantarse con vigor y a pensar en organizarse y defenderse» (6).

En esta organización y defensa, va a jugar un papel importante desde sus mismos orígenes, la *Asociación Católica Nacional de Propagandistas* (1908). Fue decisiva, en este sentido, la visita de D. Angel Herrera al Papa Pío X (1911), el cual aprobó los proyectos, y, a través del Secretario de Estado, Cardenal Merry del Val, envió unas normas que clarificaron y solucionaron definitivamente las principales cuestiones que constituían la causa de los desacuerdos entre los católicos españoles.

Efectivamente, el día 20 de abril de 1911 escribía el Cardenal Merry del Val al Cardenal Aguirre, Arzobispo de Toledo, una carta en nombre de Pío X, en la que clarificaba algunos malentendidos vigentes entre los católicos; y no sólo españoles, sino, en buena parte, de todo el mundo:

- La Iglesia no debe ser identificada ni confundida con ningún partido político.
- Se puede pertenecer a cualquier partido político, siempre que no sea adversario de la Iglesia.
- No se deben considerar como malos católicos a los que pertenecen a un partido lícito.
- Al entrar a formar parte de un partido político, se ha de conservar íntegra la libertad de acción para oponerse a las decisiones contrarias a la Ley de Dios y de la Iglesia.
- Es lícito a los católicos organizarse fuera de los partidos políticos e invocar la colaboración de todos, con tal de que no se tache de no católicos a quienes no se adhieren a esas organizaciones.
- Si no se pueden establecer uniones duraderas, que se establezcan, al menos, de un modo transitorio, cuando haya alguna amenaza o algún peligro contra la Iglesia.
- En las elecciones hay que votar a los candidatos dignos, y nadie debe abstenerse de votar (7).

La fundación de la ACNP, según la declaración del propio D. Angel Herrera, tuvo mucho que ver con esa crónica desunión de los católicos españoles que tanto preocupaba al P. Angel Ayala:

«En el desorden de principios de siglo, nada le entristecía tanto como la inacción de los católicos, más dados a la crítica y a la murmuración que a la acción eficaz y profunda» (8).

La misma ACNP fue inicialmente víctima de aquella desunión (9). A pesar de que la ACNP no tuviera muy claras las ideas (10) acerca de las acciones concretas, los propagandistas se lanzaron desde el principio a una campaña que despertase la conciencia adormecida de los católicos, sin tener la pretensión de ser los únicos ni los primeros en preocuparse por ese problema, como reconocía con toda sinceridad su presidente, al evocar los orígenes de la asociación: «Sin que faltaran en todos los campos excepciones gloriosas, tanto más dignas de ser recordadas con gratitud y alabanza cuanto fueron mayores las dificultades con que tuvieron que luchar en la vida pública nacional» (11).

El gran instrumento de que se sirvió la ACNP para alcanzar la tan ansiada unidad de pensamiento y de acción de los católicos, fue *EL DEBATE*, a través del cual se fomentó la relación y el contacto entre los hombres beneméritos que en las distintas provincias españolas venían trabajando en este sentido (12).

Efectivamente, *EL DEBATE* lanzó expresamente una invitación a la unidad de todos los católicos, aunque salvaguardando al máximo la identidad de cada grupo y de cada asociación. El articulista de *EL DEBATE* lo afirmaba con

claridad: «No se trata de fusión de ningún linaje, ni de pérdida de independencia, ni de renuncia a aspiraciones muy legítimas, sino de algo circunstancial y referido a puntos concretos» (13).

El periódico de la ACNP fue fijando los puntos de un programa mínimo, convirtiéndose en un instrumento poderoso de unión y de concordia y jamás de división ni de luchas intestinas. La llamada de la Asociación fue eficaz, como se demostrará en las acciones conjuntas que emprenderán en los años siguientes las diversas fuerzas católicas. No siempre se consiguió superar las viejas rencillas existentes en el seno de la familia católica española, pero cuando hubo que enfrentarse a los adversarios, en temas verdaderamente trascendentes para la Iglesia y para la Patria, sí que se conseguirá la unión de fuerzas.

Aunque la ACNP no tuvo nunca, según palabras de D. Angel Herrera, pretensiones de liderazgo ni, mucho menos, de «disputar a nadie su puesto», sino de «cooperar y servir con toda abnegación a las obras de todos los buenos» (14), no es menos cierto que la ACNP en colaboración estrecha, en muchas ocasiones, con la Junta de Vizcaya, constituía uno de «los principales elementos que acaudillaban el movimiento de conjunto de las fuerzas católicas» (15).

II. LA ACCION DE LOS CATOLICOS ESPAÑOLES EN EL CAMPO DEL PERIODISMO

Nunca había sido la Iglesia tan maltratada por la prensa, los folletos, las revistas, las hojas volantes y panfletos como a finales del siglo XIX y principios del XX.

El escándalo, la calumnia, el mentir descarado, el alboroto, eran el lema de los enemigos de la Iglesia. Y podían hacerlo porque eran los dueños de los medios de comunicación.

Era urgente que los católicos se protegieran y defendieran, empleando las mismas armas. Y se puso manos a la obra. En 1898, el año de los grandes derrumbamientos nacionales que marcó y dio nombre a toda una generación, se inició en el campo católico un movimiento de grandes alientos y no menores esperanzas: La fundación en Sevilla de una *Asociación Diocesana de Buenas Lecturas y Liga de Oraciones en favor de la Buena Prensa*, que dos años después era elevada de la categoría de *Diocesana* a la categoría de *Nacional*. Los mejores frutos de esta Asociación fueron las Asambleas Nacionales de la Buena Prensa celebradas en Sevilla (1904) y en Zaragoza (1908), que constituyeron el primer paso de una auténtica contraofensiva católica frente a los excesos y abusos de la prensa anticatólica. El periodismo católico estaba en marcha.

En el tiempo que medió entre las Asambleas de Sevilla (1904) y la de Zaragoza (1908) saltó a la palestra de la Buena Prensa un religioso que iba a brillar con luz propia durante más de treinta años; no faltaría nunca a la cita, allí donde hubiera que hacer algo en favor de la Buena Prensa. Nos estamos refiriendo al P. José Dueso, claretiano, director de la revista semanal *El IRIS DE PAZ*, editada por los Misioneros Claretianos en Madrid (16).

El P. Dueso empezó por publicar un folleto titulado *Escándalo, Escándalo...*, con el que provocó una auténtica conmoción nacional al demostrar cómo los católicos, con sus suscripciones, estaban financiando la prensa anticatólica. Al mencionado folleto le sucedió muy pronto otro titulado *La Grande Obra* que alcanzó rápidamente una tirada de 250.000 ejemplares y que mereció la expresa bendición del Papa Pío X (17).

La actividad en favor de la Buena Prensa está muy ligada a la Asamblea Nacional de la Buena Prensa celebrada en Zaragoza en 1908, porque allí se demostró, una vez más, la desunión endémica que caracterizaba a los católicos españoles, de la que ya se ha hablado en el apartado anterior de este trabajo, y que en Zaragoza se polarizó en el campo del periodismo católico. Discusiones, banderías, intrigas, partidismos políticos impedían una acción común en el campo de la prensa católica. No obstante, la Asamblea de Zaragoza

za se salvó y puso la primera piedra de una institución que iba a tener una gran eficacia: La fundación de una *Agencia Católica de Información* como punto de apoyo de un auténtico periodismo católico. Así empezó a funcionar en Madrid la *Agencia Prensa Asociada*. La cual, a pesar de las buenas intenciones, estuvo a punto de fracasar por falta de medios económicos. Y aquí es cuando interviene de un modo decisivo el P. Dueso. En un memorable discurso pronunciado en Sevilla el 10 de octubre de 1910, lanzó la idea de fundar la *Asociación de Legionarios de la Buena Prensa*. El *Correo de Andalucía* hizo una tirada especial del discurso del P. Dueso, de modo que la idea de la Asociación de Legionarios de la Buena Prensa se propagó como un reguero de pólvora por toda España y al finalizar el año 1910, apenas dos meses después del discurso de Sevilla, se habían fundado ya 542 Coros de Legionarios de la Buena Prensa, y llegaban a 3.663 en 1911; 5.223 en 1912; 6.822 en 1914, y 7.021 en 1915.

Mayor repercusión que el discurso de Sevilla (1910) alcanzó el discurso pronunciado por el P. Dueso el día 1 de octubre de 1911 en un acto organizado por *La Gaceta del Norte* en el Teatro Arriaga de Bilbao; y otro, al año siguiente (1912) en el Palau de la Música Catalana de Barcelona con motivo de la ampliación y modernización de los talleres del *Correo Catalán*.

En vísperas de la Guerra Civil Española lanzaba el P. Dueso otro folleto titulado *Legionarios de la Buena Prensa* que alcanzó una tirada de 560.000 ejemplares que se vendieron al precio de tres céntimos y se agotaron en menos de dos meses. El proyecto de una segunda edición, de un millón de ejemplares, estaba ultimado, cuando estalló la guerra civil de 1936, echando por tierra éstos y otros muchos afanes apostólicos en favor de la Buena Prensa (18).

La Agencia Informativa (*Prensa Asociada*) pudo subsistir económicamente, gracias a la financiación económica sostenida por las recaudaciones conseguidas por el P. Dueso y sus Legionarios de la Buena Prensa. Entre 1910 y 1920, la recaudación ascendió a la nada despreciable suma de 863.442 pesetas de las que la *Agencia Asociada* percibió 430.100. Entre periodistas y periódicos católicos se repartieron 85.325. El resto se empleó en los gastos de propaganda y en la impresión de la Revista *El Legionario de la Buena Prensa* fundada en 1911 y distribuida gratuitamente entre los asociados (19). Entre 1921 y 1935 la recaudación de *Los Legionarios de la Buena Prensa* ascendió a la cantidad de 857.464 pesetas de las que 263.910 fueron a parar a la *Agencia Prensa Asociada*, y 120.214 a periodistas y periódicos católicos. El resto, para los mismos fines de la Revista *El Legionario de la Buena Prensa*. Y a estas cantidades recaudadas teniendo el P. Dueso como promotor único, habría que añadir el resultado de la Suscripción Nacional realizada en 1920, en la que el mismo P. Dueso y sus Legionarios tuvieron una parte muy importante, que ascendió a 1.463.390 pesetas.

También el P. Dueso y sus legionarios trabajaron, como en cosa propia, en la promoción y celebración del *Día de la Prensa Católica*, fiesta anual, que se empezó a celebrar en 1916 por iniciativa del Canónigo de Toledo, D. Ildefonso Montero, celebrándose en esa misma fecha una suscripción que entre 1916 y 1934 llegó a recaudar 3.317.132 pesetas.

La Asamblea Nacional de la Buena Prensa, celebrada en Toledo (1924) vio la necesidad de hacer frente al chaparrón de novelas cortas que semanalmente inundaban los quioscos. *Prensa Asociada*, con la ayuda de los Legionarios de la Buena Prensa publicó, a partir de 1925, una colección titulada *Nuestra Novela* que, por cambios de personal en la dirección de la Agencia Católica, dejó de publicarse apenas un año después.

La misma Asamblea de Toledo (1924) recogió el anhelo que existía entre los católicos de una revista infantil. La Junta Directiva de los Legionarios de la Buena Prensa hizo suya la idea, y, a finales del mismo año 1924, salía ya a la calle el primer número de la revista *Titirimundi*, una de las mejores, sino la mejor, de las revistas infantiles que se han publicado en España, con una tirada de 13.000 ejemplares.

Pero, por rivalidades absurdas, hubo de suspenderse la publicación después de salir a la calle el número 54.

El día 6 de febrero de 1934, la Jerarquía Eclesiástica instituyó la *Junta Nacional de Prensa Católica*, bajo la presidencia del Sr. Obispo de Tortosa, Consiliario General de la Acción Católica. De esa Junta Nacional dependían desde aquel momento los legionarios de la Buena Prensa, la Agencia de información Prensa Asociada y el Día de la Buena Prensa. Desde entonces la *Revista Iris de Paz* dejó de ser el órgano oficial de Cofradía Nacional de Legionarios de la Buena Prensa, si bien el P. José Dueso, director de la Revista, continuaba al frente de los *Legionarios* como creación suya que había sido.

Toda esa amplia acción en favor de la Buena Prensa suscitó un enorme entusiasmo en toda España y en los más diferentes estamentos eclesiales. Si hemos hecho mención especial de la labor llevada a cabo por el claretiano P. José Dueso, ha sido porque desde los orígenes mismos de la Campaña Católica para contrarrestar los perniciosos efectos de la prensa anticatólica, hasta la guerra civil de 1936 que cortó de raíz toda la actividad periodística católica, fue él, sin duda, la figura más relevante, no del periodismo, con serlo mucho, sino de la acción directa en favor de la Prensa Católica. Por supuesto, no pueden quedar en el olvido algunos otros personajes como Adolfo Claravana, Constantino Garrán, Arturo Campión, Antonio Alcober, Miguel Costa, Benigno Bocaños y, de un modo peculiar, el P. Remigio Vilariño.

Podrá parecer extraño que no hayamos mencionado ni una sola vez hasta ahora a la ACNP y su labor en favor de la Prensa Católica. Sin duda que los propagandistas han estado presentes en muchas de las iniciativas católicas relatadas anteriormente, pero hemos preferido tratar de conjunto su labor en el periodismo católico en España en el período de que nos estamos ocupando, teniendo como punto fundamental de referencia su gran medio de difusión, *EL DEBATE* y las varias actividades periodísticas que giran en torno a este periódico.

Aunque en páginas anteriores hemos relatado acciones concretas de los católicos en el campo de la prensa, se podría afirmar que, ante todo, se pretendía crear una mentalidad entre los católicos españoles que se tradujese en una repulsa hacia la prensa anticatólica y anticlerical, a fin de preservarlos de su contaminación. Pero no era suficiente con hacerlos conscientes del veneno encerrado en semejante prensa. Era necesario ofrecerles una prensa que pudiera competir desde el campo católico con cualquier otro medio de difusión del campo contrario. Se necesitaba un diario católico de altura en la información y en el comentario político.

Es aquí, donde, una vez más, juega un papel decisivo la ACNP con la publicación de *EL DEBATE* y con otras iniciativas concomitantes. Ciertamente, *EL DEBATE* no fue el primer diario católico que salió a la palestra. Otros lo habían precedido, tales como *El Correo de Andalucía* y *La Gaceta del Norte* (1901).

Habían sido las *Juntas* o *Ligas* las que, dentro de la preocupación por la prensa católica, se habían percatado de la necesidad de tener unos órganos informativos con espíritu de empresa y con afán competitivo. Pero justo es reconocer que hasta la aparición de *EL DEBATE*, los diarios confesionales estaban siempre muy por debajo de los periódicos laicos. Y, por consiguiente no podían influir en la creación de una mentalidad y, mucho menos, en la marcha de los acontecimientos de la Nación. Podría ser significativo a este respecto lo que sucedía en Sevilla, Bilbao, Barcelona y Valencia. De los dos diarios de la capital andaluza, ambos de criterio católico ciertamente, *El Correo de Andalucía* que pertenecía en todo al Arzobispado, y el *ABC*, llevó siempre las de ganar el segundo en el aprecio de los lectores, y no era estrictamente confesional como el primero. Casi lo mismo sucedía en Bilbao con *La Gaceta del Norte* y *El Liberal*, aunque en la capital vizcaína la lucha por la hegemonía estuvo más igualada. En Cataluña luchaban, por una parte, *El Correo Catalán* y *El Diario de Barcelona*, y, por otra, *La*

Vanguardia y *La Veu de Catalunya*, con ventajas para los dos últimos, sin duda.

En Valencia la lucha fue aún más desigual porque el diario *Las Provincias*, periódico de los conservadores, tuvo que enfrentarse a dos adversarios muy fuertes como eran *El Pueblo* y *El Radical* (20).

En realidad no fue la ACNP la que fundó *EL DEBATE*. Este periódico había sido fundado en 1910 por D. Basilio Alvarez y D. Luis Antón de Olmet con una orientación ideológica muy poco o nada conforme con la doctrina de la Iglesia. En su primer año de existencia tuvo un éxito tan menguado, que estaba a punto de desaparecer cuando lo adquirieron la ACNP y *La Gaceta del Norte*, si bien el periódico de la Junta de Vizcaya cedió poco después gratuitamente su cincuenta por ciento a la *Editorial Católica*, entidad creada por la ACNP para que sirviese de soporte económico a *EL DEBATE* y que con el correr del tiempo se convertiría en «el pan de la cultura católica» en España, como reza el lema de las portadas de su prestigiosa colección *Biblioteca de Autores Cristianos* (BAC).

Desde 1912, la *Editorial Católica*, *EL DEBATE* y la ACNP, tienen una historia común, en tanto en cuanto que la *Editorial Católica* y *EL DEBATE* serán los poderosos instrumentos de la actividad apostólica de la ACNP. *EL DEBATE* era el instrumento de la ACNP que estaba llamado a tener una mayor resonancia. Y en él ponían grandes esperanzas los propios propagandistas: «Desde el primer momento, dice D. Angel Herrera, procuraremos nosotros que en ninguno de los tres aspectos *EL DEBATE*, primer periódico de la Editorial Católica, desmereciera de los mejores diarios que entonces se publicaban en Madrid» (21).

Hasta la aparición de *EL DEBATE*, el juicio que la prensa confesional merecía a observadores católicos imparciales no podía ser más negativo: «Es dolorosísimo, afirmaba el profesor barcelonés Nabot y Tomás, que nuestros periódicos no puedan hacer más que ir pasando, siempre con pocos lectores y con modestísima información, y constantemente tengan que luchar con la falta de dinero, que no permite ni ediciones de propaganda, ni recompensar en lo más justo a los redactores y colaboradores... A la prensa católica le falta el aspecto social, esto es, necesita ser eminentemente social para así popularizarse, y de esto son causa unas veces los escritores por no reunir las adecuadas condiciones que requiere el cargo de periodista... y otras por no querer amoldarse a las instrucciones y normas pontificias y episcopales, que incesantemente nos están marcando el camino que debemos seguir para adelantar en la acción católica, mostrándonos nosotros siempre reacios a sus exhortaciones y, naturalmente, resultando con tal proceder que nuestra acción jamás consigue extender su radio de acción más allá del círculo de unos pocos millares de sacerdotes y gentes piadosas» (22).

No sólo a causa del periódico de la ACNP, pero lo cierto es que coincidiendo con la fundación, o mejor con la adquisición de *EL DEBATE* por parte de los Propagandistas, el catolicismo español empezó a entrar por los carriles de la modernidad. *EL DEBATE*, cuya dirección estuvo por muchos años en manos de D. Angel Herrera logró, por lo menos en parte, *civilizar* a la derecha cerril conservadora, haciendo posible una cierta convivencia en el seno de la sociedad española. En efecto, D. Angel Herrera supo conjugar armónicamente la más genuina tradición católica con una valiente apertura a los nuevos aires de la modernidad.

Uno de los pilares básicos, si no el único, sobre el que se apoyaba todo el edificio de la ACNP era la fidelidad incondicional al magisterio pontificio y de los obispos españoles. Así lo confesaba paladinamente el propio D. Angel Herrera con respecto a la Editorial Católica en cuanto que ella era el alma nutricia del periódico de la Asociación: «¿Cuáles fueron las normas o puntos del programa público de la Editorial Católica? La primera de todas fue la constante fidelidad a la doctrina de los Romanos Pontífices, seriamente estudiada y sabiamente comprendida. Fidelidad en lo social como en lo político... Segundo punto de nuestro programa cuya enumeración pudiera parecer una perogrullada ino-

portuna y hasta impertinente, fue la adhesión al Episcopado» (23).

No cabe duda de que la ACNP trabajó denodadamente, y, en parte por lo menos, lo consiguió, cambiar el viejo talante de intransigencia del catolicismo español por un aire comprensivo, dialogante, respetuoso con los adversarios (24). Constituye esto el mejor logro de *EL DEBATE*. Y en último término, también de la ACNP. Este mérito no se lo podrá arrebatarse nadie.

EL DEBATE y, a través de él, la ACNP intentó, y fue también otro gran éxito, responder al gran reto de la falta de periodistas verdaderamente profesionales que pudieran competir con los periodistas laicos, a través de los periódicos católicos ya existentes, y cuya eficacia no era lo que se pudiera esperar de ellos, precisamente por falta de buenos periodistas. Nos referimos a la *Escuela de Periodismo* creada por el periódico de la ACNP y de la que saldrán un buen número de periodistas que se convertirán en poco tiempo en verdadero orgullo del Periodismo Nacional.

En el ámbito de la actividad de la ACNP en favor del periodismo católico, hay que hacer mención del *Círculo Balmes*, que orientó su actividad a la lucha en favor de la libertad de prensa. De este modo, la ACNP, no sólo se limitó a facilitar una información más objetiva a los lectores españoles, tantas veces manipulados por una prensa sectaria, sino que fue creadora de opinión. *EL DEBATE* fue un periódico respetado e incluso temido, por la seriedad y el buen hacer profesional de su junta directiva y de su plantilla de redactores.

EL DEBATE fue una víctima —entre otras muchas— de la persecución violenta que sufrió todo lo que oliera a catolicismo en las postrimerías de la Segunda República Española y en los aciagos días de la Guerra Civil. Después de la Guerra Civil, *EL DEBATE* no se volvería a publicar, pero tendría su supervivencia en el *YA* que, como periódico de la tarde, salió a la palestra a competir con los periódicos sectarios vespertinos, desde 1935. Y encontrará una amplificación de sus ideas y de su hacer profesional en la cadena de diarios de la Editorial Católica, como *El Ideal* de Granada, el *Hoy* de Badajoz, *El Ideal Gallego* de La Coruña, y *La Verdad* de Murcia.

III. LA ACCION DE LOS CATOLICOS EN EL CAMPO SOCIAL

Ciertamente, el catolicismo español de finales del siglo XIX estaba aún muy lejos de haber adquirido una conciencia clara de un problema tan acuciante como el del mundo obrero. Como en el resto de la Iglesia, será la *Rerum Novarum* de León XIII (1891) el punto de partida para una preocupación seria de los seglares católicos españoles por el problema social.

La iniciativa más importante en este campo, antes de la *Rerum Novarum*, fueron sin duda los Círculos Obreros Católicos, fundados por el P. Antonio Vicent, S.J. En 1894 funcionaban ya 94, aunque le faltaba a esta gran idea, como en general a todo el movimiento social católico español de finales del siglo pasado y principios de este siglo, una plantilla de auténticos líderes obreros. De hecho, quienes dirigían el movimiento social obrero eran algunos personajes cualificados de la burguesía.

En mayo de 1893 se celebró en el palacio arzobispal de Valencia una Asamblea de todas las Corporaciones católicas obreras de España que tenía como finalidad la constitución de un *Consejo Nacional de Corporaciones Católicas Obreras* que aglutinase y dirigiese la acción de los Consejos Diocesanos que se habían de erigir en todas las diócesis de España.

El modo como se abordó el problema social se puede calificar de simplista y, sobre todo, excesivamente paternalista, como se podía fácilmente imaginar si se tiene en cuenta que los dirigentes de los Consejos Diocesanos y, de un modo especial del Consejo Nacional, eran conspicuos personajes de la burguesía, entre los que sobresalió durante muchos

años el Marqués de Comillas. El paternalismo de estas instituciones católicas obreras queda bien patente en la explicación que de la fundación de la *Asociación para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera* daba la revista oficial del Consejo Nacional de Corporaciones Católicas Obreras, el *Obrero Católico*: Se justifica el origen de esa Asociación por la apremiante llamada del Papa León XIII en la *Rerum Novarum* a prestar «pronto y oportuno auxilio a los hijos del trabajo» a fin de fusionar en un mismo espíritu a los favorecidos por los dones de la fortuna y a los que entre fatigas y dolores «hacen benévolo a Dios, supliendo la escasez de las rentas con la economía de los vicios» (25).

La tradicional desunión de los católicos españoles, reiteradamente mencionada en este trabajo, influyó también de un modo decisivo en la ineficacia de las obras sociales católicas de la época. Los Círculos Obreros chocaron con la oposición tanto de los carlistas como de los integristas del partido de Nocedal. Ambos partidos recelaban de que los Círculos Obreros pudieran ser manipulados por los adversarios políticos. Estos mismos recelos los compartían también bastantes obispos (26). Si no tan abiertamente y tan radicalmente como lo hicieron los carlistas y los integristas, no faltaron tampoco algunos obispos que se mostraron contrariados por ciertas actividades de los Círculos Obreros, hasta el punto de que al mismo P. Vicent se le consideraba sospechoso nada menos que de socialismo, por sus ideas relativas a la participación de los obreros en los beneficios y en las acciones de las empresas (27).

Con dificultades, ciertamente, pero el hecho es que el movimiento social católico va adquiriendo en España una importancia creciente, hasta el punto de que en determinados sectores eclesiásticos se concibe la esperanza de que llegará un día en que tendrá un influjo y una fuerza tan decisiva como la que ha conseguido en Alemania el *Centro Católico (Zentrum)* (28).

A principios del siglo XX, concretamente en 1900 existían 264 Obras, de ellas 150 Círculos Católicos, con un total de 76.142 miembros afiliados; en 1907 la cifra se elevaba ya a 622 Obras, entre las que sobresalían los 277 Círculos Católicos, 152 Sindicatos Agrícolas y 52 Gremios de Labradores. Y en 1909 las Obras, en conjunto, pasaban de 1.100.

Ciertamente, la *Rerum Novarum* significó un revulsivo para la opinión pública y más concretamente para el modo de pensar de los católicos, ya que todos los obispos escribieron Cartas Pastorales comentando la encíclica pontificia. Por lo menos, el Episcopado sí que experimentó un vuelco en su modo de pensar. Otra cosa diferente fue el caso de la burguesía que se sintió incluso atacada por la Encíclica. Algunos obispos sobresalieron en esta preocupación por lo social. Hay que recordar los nombres de D. Ciriaco María Sancha, por entonces Obispo de Madrid, Monseñor Morgades Obispo de Vich, sobre todo, Monseñor Juan Maura y Gelabert, de Orihuela, que llegó a escribir a lo largo de su episcopado nada menos que trece Cartas Pastorales sobre la cuestión social.

También los Congresos Católicos se ocuparon del problema social en diferentes ocasiones. La primera declaración conjunta del Episcopado Español sobre este tema tuvo lugar en el Congreso de 1902, en la que se advierte una sensibilidad mucho más aguda en los obispos. No obstante, la tónica general de los congresos Católicos en lo relativo a la cuestión social no fue capaz de sobrepasar el tono paternalista y benéfico tradicional. No hay que olvidar que el artículo primero del Reglamento de los Congresos afirmaba que su finalidad era «defender los intereses de la Religión, los derechos de la Iglesia y del Pontificado, difundir la educación e instrucción cristianas, *promover las obras de caridad* y acordar los medios para la restauración moral de la sociedad».

Si bien los Congresos Católicos tuvieron muy escasos efectos prácticos, contribuyeron sin duda a un notable progreso ideológico, aunque no fuese por otra cosa que por la relación que se mantenía con los Congresos Católicos de otras naciones, como Bélgica e Italia, donde sí se abordaba con mayor realismo el problema social.

Justo es reconocer, a pesar de lo dicho anteriormente, que en algunos Congresos Católicos españoles se llegaron a lanzar afirmaciones que se ponían incluso por delante de las ideas de la misma *Rerum Novarum*, como en lo relativo a la obligatoriedad del salario familiar y en la conveniencia de la participación de los obreros en los beneficios de la empresa y sobre la defensa de la sindicación reivindicativa y de la licitud de la huelga. Ideas que tenían sin duda su punto de partida en el P. Antonio Vicent y en sus Círculos Católicos de Obreros (29). No faltó en algún Congreso incluso el despuntar de una autocrítica de la Iglesia por su descuido en atender, desde una auténtica justicia social, los sectores especialmente marginados de la sociedad, como los presos. El ámbito donde más se advirtió el progreso social fue el de la promoción cultural social. A ella se dedicaron todos los mejores pensadores católicos del momento. Se crearon cátedras de sociología en la práctica totalidad de los Seminarios, mucho antes que el mismo Estado asumiese esta disciplina en sus planes de estudio. Y a partir de 1906 se crearon las *Semanas Sociales*, a imitación de las que ya se celebraban en Alemania y en Francia. Alma de estas Semanas Sociales fueron las mismas personas que desde siempre se preocupaban en España por la cuestión social: P. Vicent, el Marqués de Comillas, Vázquez de Mella y, sobre todo, Severino Aznar que las patrocinó de un modo especial con su Revista *La Paz Social*.

Se celebraron en aquella su primera etapa 6 Semanas Sociales: Madrid (1906), Valencia (1907), Sevilla (1908), Santiago (1909), Barcelona (1910) y Pamplona (1912). Se reanudarán en 1926, pero bajo la dirección inmediata de la Acción Católica diocesana de Oviedo por impulso del obispo de aquella diócesis, D. Juan Bautista Luis y Pérez. Las Samanas Sociales, en su primera etapa se ocuparon fundamentalmente de temas agrarios, aunque no faltaron tampoco los temas industriales y sindicales.

En los años intermedios de los siglos XIX y XX abundaron las publicaciones de tema social, tales como las ya mencionadas *El Obrero Católico*, *La Paz Social*, *El Eco del Pueblo*, semanario de la Asociación General para el estudio y defensa de los intereses de la Clase Obrera. Especial relieve, por su acción propagandística y de difusión de las ideas sociales católicas, tuvo la *Acción Social Popular*; asociación fundada en Barcelona por el Jesuita P. Gabriel Palau, que patrocinó la publicación de varias revistas: *Revista Social Hispano-Americana* que sustituyó a la *Revista Social* de D. Ramón Albo; *El Social*, *El Archivo Social*, *Anuario Social*. Pero la *Acción Social Popular* fue suprimida a causa de la permanente animosidad de otras organizaciones patrocinadas por la misma jerarquía eclesiástica. Hubo un intento de hacerla revivir bajo el nombre de *Acción Popular* por medio de hombres tan significativos como Severino Aznar, el Marqués de Comillas y Salvador Mingujón; pero inútilmente (30). Una vez más se confirmaba la existencia de aquella lacra que tan atinadamente ha apuntado D. José María García Escudero: El egoísmo de una burguesía que a sí misma se llamaba católica, pero que consideraba aventurado, cuando no abiertamente peligroso al mismo Magisterio Pontificio, ¿cómo no se iba a oponer a las enseñanzas de algunos obispos y, sobre todo, a las iniciativas sociales de algunos pioneros del catolicismo social español que podrían suponer un atentado para su posición o para sus intereses e ideologías? (31).

A lo largo del primer decenio del siglo XX, los Círculos Católicos, la obra social más importante sin duda de la Iglesia española, conservan aún en buena parte su eficacia originaria, incrementada incluso numéricamente. En 1909 existían más de trescientos Círculos Católicos con un 9% de toda la población obrera española asociada. Sin embargo la idea fundacional de los Círculos Católicos necesitaba, una readaptación a las nuevas exigencias del mundo obrero. El mismo P. Antonio Vicent se percató de ello al final de su vida. Cada día era más urgente hacer frente al ascendente movimiento socialista en el terreno específico de la asociación sindical obrera. En este sentido el cambio de mentalidad de los Círculos Católicos no se presentaba nada fácil.

En 1905 brotan los primeros intentos de *Sindicatos Católicos* puros, constituidos exclusivamente por obreros, con la *Federación de Sindicatos de Vizcaya* (1905) y con la *Asociación Obrera de León XIII* (1906). En los años siguientes proliferan un poco por toda España asociaciones sindicales católicas de obreros, sobre todo en el campo industrial hasta que en 1912 se crea *La Federación Nacional Católica de Sindicatos Obreros*. En ese mismo año de 1912, un sindicato católico apoya por primera vez una huelga.

Una vez más, los católicos se hallan desunidos, cuando más falta hacía una acción unificada, sobre todo en el campo obrero. La causa de la desunión es ahora polémica en torno a la confesionalidad o no confesionalidad de los sindicatos obreros. A favor de la confesionalidad se declararon los sindicatos surgidos de los Círculos Católicos del P. Vicent, los cuales encontraron una buena apoyatura en la revista *Razón y Fe*, de los Jesuitas. Y en contra de la confesionalidad se declararon los sindicatos de Gafo y de Arbolea, apoyados, a su vez, por la Revista *La Ciencia Tomista*, de los Dominicos. Inicialmente, el Magisterio Pontificio, y el Episcopado español naturalmente, se declararon a favor de la confesionalidad, aunque con el correr del tiempo se decantaron las posturas de la Iglesia a favor de la no confesionalidad de los sindicatos...

Hubo diversos intentos de unificación de todos los sindicatos católicos: *Confederación General de Trabajadores Católicos de España* (1915) y *Confederación Nacional de Sindicatos Católicos Obreros* (1919); pero no se llegó a nada concreto.

Veamos ahora cuál fue la actitud y la acción concreta de la Asociación Nacional de Propagandistas en este campo de la acción social. El punto de partida y la finalidad de la ACNP en este ámbito de lo social fue el formar una élite de seglares capaces de dar un fuerte impulso al Catolicismo español bastante adormecido en lo social y en lo político. Lo cual no quiere decir que los Propagandistas partieran de cero, o que ellos no reconocieran lo que otras fuerzas católicas habían hecho y estaban haciendo cuando se fundó la ACNP. Don Angel Herrera ponía el dedo en la llaga cuando afirmaba:

«*La quiebra más honda del Catolicismo hispano es la deficiente formación de la conciencia social, defecto que viene de antiguo. En las clases conservadoras, patronales o propietarias, no penetró a su tiempo la doctrina pontificia. No faltaron figuras beneméritas desde fines del siglo pasado que trataron de formar una conciencia nueva. Pero aquellas clases españolas no sólo no facilitaron la evolución, sino que opusieron una resistencia cerrada a la misma. En parte, por egoísmo, en parte, por su misma ignorancia*» (32).

La ACNP intentará desde sus mismos orígenes cubrir el inmenso vacío de una conciencia social en los católicos que luchaban por la defensa de los intereses de la religión. Sin una conciencia social adecuada a los tiempos, era materialmente imposible hacer nada en defensa de la Iglesia y de la religión, en medio de una sociedad sedienta de justicia social y harta ya de «caridad» y de beneficencia paternalista que no solucionaban los problemas sociales en sus mismas raíces. D. Angel Herrera lo reconocía con valiente sinceridad: «Doloroso es comprobar que en la inmensa mayoría de las fuerzas vivas, creyentes y piadosas había quedado sin labrar la faceta de los deberes de justicia social. A algunos podrían aplicarse las palabras de Pío XII en la entrada de la *Quadragesimo anno*: «...recibieron con recelo y hasta con escándalo la doctrina de León XIII, tan noble y profunda y que a los oídos humanos sonaba totalmente nueva». Y casi la totalidad de los adultos se mostraron aferrados en demasía a lo antiguo» (33).

Pero la ACNP no se quedó en el campo de las teorías, ni menos aún, en las lamentaciones estériles, sino que pasó de inmediato a una acción comprometida. La primera campaña organizada en el ámbito de lo social se realizó entre 1913 y 1914 en favor del *Sindicalismo agrario*, fomentando la creación de estos sindicatos, sobre todo en Castilla-León, cooperando activamente con la *Confederación Nacional Católica Agraria*, dirigida entonces eficazmente por D. An-

tonio Monedero y el sacerdote D. Juan F. Correas. Hubo provincias, como la de Valladolid, que fueron recorridas, pueblo por pueblo, por los jóvenes Propagandistas constituyendo Juntas que mantuviesen vivos los ideales y los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia.

Esta campaña social agraria de la ACNP tenía en los Círculos de Estudio de la misma Asociación una buena plataforma de lanzamiento. La sección social de estos círculos de estudio fue confiada a la dirección de Manuel de Aristizábal. Se consiguieron éxitos importantes desde 1915 en la propaganda social agraria en Galicia, Murcia, Albacete y, sobre todo en Vizcaya; y ese mismo año se empezó a trabajar con más orden y método en Andalucía. En 1916 había 1335 sindicatos integrados en la Confederación Católica Agraria, habiendo tomado en la fundación de muchos de ellos parte muy activa y directa la ACNP.

El obrero de la ciudad, en cambio, fue menos atendido por la ACNP. No se abandonó ciertamente este sector obrero pero la Asociación por boca de su presidente, D. Angel Herrera, confiesa resignadamente que ya se ha llegado demasiado tarde, mientras que en el mundo agrario se ofrecen magníficas perspectivas. Y estas fueron bien aprovechadas por los Propagandistas, a pesar de las dificultades e incluso de la oposición declarada de parte de algunos sectores de los llamados «anarquistas blancos», por la única razón de propagar la doctrina social de la Iglesia.

En la Asamblea de la Asociación, celebrada en Loyola en 1919, se puede advertir por las tendencias de los centros esparcidos por toda la geografía nacional, que la cuestión social es el tema dominante en sus preocupaciones, llegándose a la conclusión de que había que ayudar de un modo preferente a todas las organizaciones obreras católicas, considerándose como imperiosa la necesidad de organizar sindicatos profesionales. La acción de los Propagandistas se orientó de inmediato a la puesta en práctica de las decisiones de la Asamblea de Loyola, siendo especialmente intensa en este sentido la campaña llevada a cabo en 1920. Se inició la campaña con un discurso que hizo época a cargo de un joven abogado recién ingresado en la Asociación, D. José María Gil Robles, sobre «El derecho de huelga en los servicios del Estado» (12 de febrero de 1920).

La divulgación de la doctrina social de la Iglesia, se llevaba a las masas, no sólo a través de mítines multitudinarios, sino también en Conferencias sociales sistemáticas a cargo de personalidades relevantes como Angel Ossorio y Gallardo, Víctor Pradera, Antonio Goicoechea, Esteban Bilbao, Francisco Cambó, Fernando Pérez Bueno, Juan Vázquez de Mella y Antonio Maura.

Aunque concluyera en una verdadera frustración, es preciso hacer referencia en este apartado a la *Gran Campaña Social*, fervorosamente acariciada por la ACNP y que tan bellas perspectivas ofrecía en la primavera de 1922, habiendo sido nombrado por la Jerarquía Eclesiástica Comisario General de la misma D. Angel Herrera. Sin duda que de haberse realizado, esta Gran Campaña Social podía haber cambiado el panorama social español; pero estaba a punto de iniciarse la Dictadura de Primo de Rivera. Y una intervención directa del propio Alfonso XIII ante la Jerarquía Eclesiástica, hizo que se cancelasen todos los planes de la misma.

La constante actividad social de la ACNP alcanzó su culminación en 1932 al poner en práctica la decisión tomada en la Asamblea General de aquel mismo año, de crear el *Instituto Social Obrero* que tenía como cometido fundamental la formación de apóstoles comprometidos en la propaganda social obrera; pero habían de ser apóstoles provenientes del mismo ámbito obrero: Obreros, apóstoles de los obreros. Era necesario oponer un fuerte valladar a la propaganda marxista. El Instituto Social Obrero (ISO) empezaba a dar sus mejores frutos cuando la guerra civil acabó con estos sueños apostólicos e incluso con la vida misma de algunos de los que se habían formado en él, como Anastasio Inchausti y Eligio Gómez Ríos, asesinados en el comienzo mismo de la contienda civil.

NOTAS

- (1) MARTIN DESCALZO, J. L. *Una generación de profetas escritores*, en «2000 años de Cristianismo». Madrid, 1979, t. IX, pág. 159.
- (2) Desde 1882 hasta poco antes de su muerte (1903) intervino León XIII en once ocasiones diferentes pidiendo la unión de los católicos españoles:
 - *Cum multa* (8 de diciembre de 1882).
 - *Epist. ad Card. Rampolla* (15 de junio de 1887).
 - *Alocución a los peregrinos de la Diócesis de Barcelona* (3 de marzo de 1888).
 - *Epist. ad Episcop. Matritensem* (con ocasión del primer Congreso Católico, 19 de abril de 1889).
 - *Epist. ad Card. Benavides* (con ocasión del Congreso Católico de Zaragoza, 19 de febrero de 1890).
 - *Epist. ad Presbyt. Sardá* (15 de marzo de 1890).
 - *Epist. ad Episcop. Orgelliensem* (20 de marzo de 1890).
 - *Epist. ad Card. Benavides* (14 de noviembre de 1890).
 - *Epist. ad Episcopos Hispaniae* (25 oct. 1893).
 - *Alocución a los españoles* (con ocasión de la peregrinación obrera, 18 de abril de 1894).
 - *Carta al Card. Casañas* (23 de abril de 1903).
- En la carta al Cardenal Benavides (19 de febrero de 1890) el Papa León XIII llegaba a argüir de pecado a quienes tratasen de impedir la unión entre los católicos españoles.
- (3) Citado por SANZ DE DIEGO, R. M. Otro intento de «Partido político católico» español: *La «fórmula» Martínez Vigil* (1897), en «Estudios Eclesiásticos» (1979), págs. 75-76.
- (4) SANZ DE DIEGO, R. M. l.c., pág. 78.
- (5) CUENCA TORIBIO, M. *El catolicismo español en la restauración (1875-1931)*, en «Historia de la Iglesia en España», V. Madrid, 1979, pág. 309.
- (6) GONZALEZ RUIZ, N. y Martín, I. *Seglars en la historia del catolicismo español*, Madrid, 1968, pág. 39.
- (7) GONZALEZ RUIZ, N. y MARTIN, I., o.c., pág. 49.
- (8) HERRERA ORIA, A.: *Obras Selectas*, Madrid, 1963, págs. 841-842.
- (9) MARTIN-SANCHEZ, F. *Ideas claras. Reflexiones de un español actual*, Madrid 1959, pág. 536.
- (10) HERRERA ORIA, A. o.c., pág. 842.
- (11) *Ibidem*.
- (12) GONZALEZ RUIZ N. y MARTIN I., o.c., pág. 68.
- (13) Citado por GONZALEZ RUIZ, N. y MARTIN, I., o.c., pág. 69.
- (14) GONZALEZ RUIZ, N. y MARTIN, I., o.c., pág. 70.
- (15) SCHENK, E., *Guerra mundial u Estados totalitarios*, en FLICHE MARTIN, *Historia de la Iglesia*, t. XXVI, Valencia, 1979, pág. 396.
- (16) ENCICLOPEDIA ESPAÑA CALPE, *Dueso, José*.
- (17) PERMUY, R. *El P. Dueso, Apóstol de la Buena Prensa*, en «Iris de paz», n.º 2.096 (1943), pág. 52.
- (18) En vísperas de la Guerra Civil de 1936 estaba ultimando el P. Dueso el proyecto más ambicioso de su vida: *Legionarios de la Propaganda Católica* que habría de comprender varias secciones: *Libros, Radio, Cine, Cursos, Conferencias*. Después de la Guerra Civil, era ya otra la situación de la Iglesia en España, de modo que el P. Dueso no pudo llevar adelante su idea.
- (19) *El Legionario de la Buena Prensa, se publicaba como Suplemento del IRIS DE PAZ*, y como órgano de la Cofradía Nacional de Legionario de la Buena Prensa, con una tirada semanal inicial de 8.000 ejemplares, pero experimentó un crecimiento tan espectacular que alcanzó los 115.000 ejemplares.
- (20) CUENCA TORIBIO, M., o.c., pág. 310.
- (21) HERRERA ORIA, A., o.c., pág. 231.
- (22) NOABOT Y TOMAS, *El Apostolado de la Prensa Católica*, Barcelona, 1912, pág. 14.
- (23) HERRERA ORIA, A., o.c., págs. 226-227.
- (24) HERRERA ORIA, A., o.c., pág. 227.
- (25) ARBELOA, V. M., *Organizaciones católico-obreras españolas tras la «Rerum Novarum»*, en «Fomento Social» (1975), pág. 410.
- (26) SANZ DE DIEGO, R. M. *El catolicismo social español ante la peregrinación obrera de 1894*, en «Estudios eclesiológicos» (1980), pág. 6.
- (27) SANZ DE DIEGO, R. l.c., pág. 8.
- (28) ARBELOA, V. M. l.c., pág. 413.
- (29) SANZ DE DIEGO, R. M. *La Iglesia española y el reto de la industrialización* en «Historia de la Iglesia en España», V, Madrid, 1979, pág. 625.
- (30) SANZ DE DIEGO, R. M., o.c., pág. 643.
- (31) GARCIA ESCUDERO, J. M. *DE cánovas a la República*, Madrid, 1951, pág. 197.
- (32) *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 1961.
- (33) HERRERA ORIA, A., o.c., pág. 441 y 442.